

La experiencia del maestro

Poética arquitectónica de Carlos Mijares

XAVIER GUZMÁN URBIOLA

12

EstePaís cultura

Tránsitos y demoras¹ es un libro que su autor, Carlos Mijares Bracho, venía reflexionando y escribiendo en cuidadosos manuscritos verbales desde hace años, y que diversos amigos, entre quienes orgullosamente me encuentro, le escuchamos. Nos sorprendió al adelantarnos diversos problemas, infinidad de reflexiones, ciertas respuestas a las que llegó por su experiencia y, por supuesto, muchas preguntas que debimos responder de modo personal, lo que no implicaba, era claro, que fuesen las únicas soluciones posibles. Los caminos recorridos para encontrarlas eran lo importante.

Ya se ha dicho que quien tenga este libro en sus manos y se aventure por sus cauces y rincones escuchará al querido maestro charlar, enriqueciendo su plática con las intervenciones o digresiones de sus interlocutores. No quisiera insistir en el tema, pero por ahí hay que empezar. Mijares logró escribirlo con ese tono y es sorprendente. Más allá de las referencias en los prólogos de Mauricio Pinilla, Jorge Tamés y Humberto Ricalde incluidos en el libro, el mismo Mijares invita en su introducción a leerlo como quien visita su casa y degusta una serie de platillos por él dispuestos. Lo cito: “Quizá, más que lectores, este libro solicita huéspedes”.²

- Xavier Guzmán Urbiola nació en la Ciudad de México en 1958. Licenciado en Historia por la UNAM, realizó estudios de arquitectura en la UAM-Xochimilco. Ha recibido la beca Salvador Novo y la del Centro Mexicano de Escritores. Fue director de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico Inmueble del INBA entre junio de 2003 y mayo de 2007, y desde 2006 es Miembro Honorario de la Academia Nacional de Arquitectura. Actualmente es candidato a Doctor en Historia por la UNAM. Es autor de *La habitación interminable* (1986), *Carlos Leduc, vida y obra* (2004) y *Juan O’Gorman, sus primeras casas funcionales* (2007), entre otros libros.

¹ Carlos Mijares Bracho, *Tránsitos y demoras. Esbozos sobre el quehacer arquitectónico*, Facultad de Arquitectura, UNAM, México, 2008.

² *Ibidem*, p. 17.

Sin embargo, siendo egoísta, me olvidaré de los otros y me concentraré en mí mismo. Lo que haré en seguida no es otra cosa sino describir una fructífera relación entre el maestro y uno de sus alumnos, quien esto escribe, la cual fue dando paso a una amistad.

Quiero entremezclar algunas pocas de sus pláticas y nuestras experiencias comunes, que ahora he leído en forma de libro, con el tránsito (sin demoras) de nuestra relación amistosa.

Nunca fue mi maestro en un aula, ni me dio proyectos, ni corregí con él. El modo en que lo conocí —me gustaría recordarlo ahora y compartirlo con ustedes— es ilustrativo de su personalidad; la personalidad que escribió este libro, tan amable, claro, bien estructurado, reflexivamente decantado, humorístico, filoso, abierto, relativista, sugerente y generoso como él.³ Bien se dice, y no por nada, que todo libro es siempre autobiográfico. Hace 25 años se publicó en la revista *Proceso* una serie de artículos que daban cuenta de la experiencia de Edward James como constructor de una arquitectura desmedida, que algunos han calificado como surrealista, en Xilitla, al borde sur de la Huasteca Potosina, y de mi intervención en su redescubrimiento y explicación —y aquí, aunque ya lo ad-



³ Aunque la reflexión, el humorismo, el filo y el pensamiento abierto y sugerente sean difíciles de encontrar y hacer convivir, transcribo en seguida un pensamiento de Carlos Mijares, referido a los defensores a ultranza del patrimonio, que hace evidentes los adjetivos que uso: “En el curso de la historia y ante las necesidades de modificar las edificaciones, los hombres han actuado de distintas maneras. En las culturas prehispánicas los edificios se enterraban para construir sobre ellos. Sepultarlos era una forma de respetarlos y de rendirles homenaje. En las culturas medievales se aceptaba con naturalidad el crecimiento de los edificios, ya fuera para ampliarlos o simplemente para terminarlos, en otra forma de manifestar respeto y de rendirles homenaje al mantenerlos vivos. En la actualidad los edificios antiguos se destruyen —lo que indica una falta de respeto—; se reconstruyen fielmente —lo que muestra, tal vez, un exceso de respeto—; o se preservan a ultranza —lo que resulta una suerte de momificación”. Mijares, *op. cit.*, pp. 86-87. Dicha cita emparenta a Mijares con la escritura de Jorge Ibarguñoitia, de quien no por nada fue amigo y vecino. Los estudiosos futuros debieran atender esta veta riquísima.

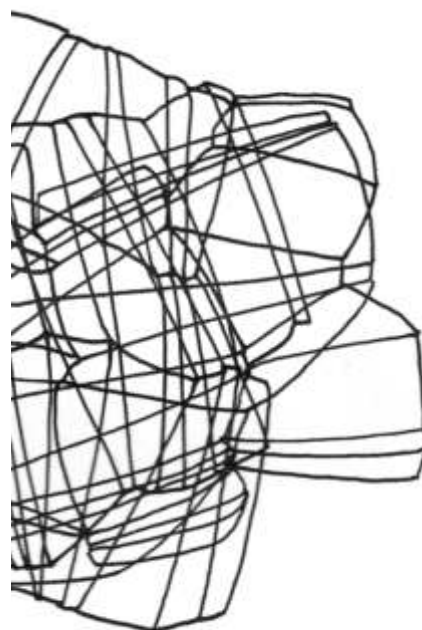
vertí, pido disculpas por hablar con este tono acerca de mí mismo. Supongo que Carlos Mijares investigó quién diablos era yo, tomó el teléfono y me llamó para invitarme a comer. No había ningún trato previo entre nosotros. Ahí nació una relación que dura ya la mitad de mi vida y la tercera parte de la suya. A lo largo de los siguientes meses, Mijares se enteró de que por entonces yo mantenía una relación amistosa intensa con don Juan Segura. Estos hechos catalizaron nuestro mutuo interés, pues él invitó a trabajar a Segura en su despacho hacia los años sesenta, cuando don Juan era un olvidado. A partir de entonces, en reuniones y comidas, él —generoso como es, dirían mis tías— me procuró. Por supuesto, cuando la Universidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco publicó aquél, mi primer libro, en el año de 1986, lo busqué para que lo presentara.

En seguida haré algunas breves reflexiones que me ha motivado la lectura del libro de Carlos Mijares:

1 En 1996, por entonces yo trabajaba en Editorial Clío, hubo la coyuntura de dar forma a una colección de libros sobre los barrios de la Ciudad de México. Pensé de modo inmediato en Carlos Mijares para escribir sobre San Ángel. El libro lo conocen ustedes y tal vez hasta lo han leído; pero en lo personal, aquella experiencia me dio la oportunidad de caminar con él por el viejo asentamiento, escuchar sus explicaciones acerca de cómo es natural que se forme un pueblo de ladera, cómo se estructuran sus caminos por los lechos bajos de las lomas convergentes, cómo necesariamente se cruzan y llegan a un punto, cómo las plazas forman una especie de escalonamiento urbano, cómo las calles transversales son escalas mínimas tonales de la me-

lodía mayor. Lo oía al caminar y veía ante mis ojos cobrar forma a la geografía. Otro día paseamos por el cantil del Xitle, y otro más descubrí con él que los trazos de los planos catastrales correspondían ni más ni menos que a la barda de la huerta del Convento del Carmen. Aquél fue un trabajo muy enriquecedor. De modo que hoy leo *Tránsitos y demoras* y recuerdo algo de aquellas lecciones y las complemento con las explicaciones, por ejemplo, sobre Monte Albán: los espacios que son representación de la naturaleza, a la vez que la naturaleza se arquitectoniza; Teotihuacán o los espacios que contienen otros espacios y los edificios a media escala entre los fenómenos naturales y los construidos; la lectura de las ruinas como ejercicio para aprender a leer la arquitectura, puesto que son, a la vez, arquitecturas despojadas y enriquecidas con el paso del tiempo y sucesivas intervenciones.

También recuerdo a la querida Malena, su esposa, en su casa de Reforma esquina con Francisco Sosa; yo llegaba para ayudar a Carlos Mijares con su libro de San Ángel, en tanto que ella,



cariñosísima, me ayudaba a mí con mi hijita Paulina, quien tenía tres años. Paulina se disfrazaba con los trajes de los nietos de Malena mientras nosotros trabajábamos y esperábamos la hora del aperitivo, la una, y más tarde, la comida, a las dos y media. Durante aquella época, los Mijares terminaron entregándome una llave para que pudiese entrar cuando quisiera a su casa y por los libros de don Carlos, para hacer aquel otro libro, que justo como *Tránsitos y demoras* está abierto a sus visitantes lectores.

2 Carlo Ginzburg explicó en su memorable artículo “Indicios” cómo es que hace miles de años la cacería, la medicina y la historia compartían métodos indiciarios de conocimiento.⁴ Al leer la poética de Carlos Mijares me sorprenden muchísimo las coincidencias y seguramente las antiguas raíces comunes entre el conocimiento arquitectónico y el histórico; su insistencia al definir su disciplina sin límites acartonados; su sabiduría al proponer respuestas diversas ante problemas particulares, por más que de pronto éstos tengan algo en común; su obstinación en el ejercicio

⁴ Carlo Ginzburg investigó y discurrió que desde hace miles de años los cazadores aprendieron a leer los indicios en las ramas rotas que sus presas dejan al huir. Sabían por sus huellas si iban solas o acompañadas, por la presión de sus huellas si había una hembra y si iba cargada; sabían por sus excrementos por dónde transitaban, qué habían comido, y toda esa información le servía al cazador para alcanzar y matar a su presa. De igual manera, hace miles de años los médicos leían los indicios de las enfermedades por medio de las representaciones externas al cuerpo de sus pacientes, mientras los historiadores, hasta Tácito, consideraban indispensable asistir al sitio exacto donde se había dado una batalla para leer en los indicios de los restos dejados información útil para sus explicaciones. Carlo Ginzburg, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciarias” en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Madrid, Gedisa, Colección Historia, 1999, pp. 138-175.

que es necesario para aprender a jugar unos juegos (el proyectar, el construir) con unas pocas reglas, pero que, como tales, deben ensayarse una y otra vez. Todas estas sugerentes explicaciones son parecidas a las reflexiones que hace constantemente un historiador al explicar hechos y procesos. De pronto también hay claros campos en que ambas disciplinas transitan por caminos reflexivos distintos. En consecuencia, el relativismo es un enfoque que deriva en él en cierto eclecticismo serio y, diría, muy actual.

Reflexionar en torno a los problemas del cómo no implica ignorar los demás, la arquitectura es una actividad que incluye la complejidad y por ello, necesariamente, la síntesis. Los proyectos y las obras no se resuelven, ni mucho menos logran enriquecerse, cuando el punto de partida se fundamenta en conceptos obsesivos.⁵

3 Carlos Mijares nos hace aquí pensar sobre diversos temas, y a la vez hace la historia de los métodos reflexivos que ha construido la arquitectura para pensarse a sí misma y para enfocar diversos problemas que van de lo social, económico y técnico a lo poético y fenomenológico. Los libros de los arquitectos suelen ser propagandísticos. No obstante, el de Mijares no se ajusta al caso; es un texto reflexivo que reúne la experiencia de un maestro. Los paralelismos y las metáforas, sin abusos, le son útiles para hablar de cierta receta de cocina (él es un gran

⁵ Mijares, *op. cit.*, p. 83.

gourmet), de alguna obra musical (gracias a sus enormes conocimientos descubrí la música ma-sónica de Mozart) o de los toros (es capaz de narrar con lujo de detalle la primera corrida que presencié a los cinco años) y, con todos estos elementos provenientes de diversas raíces y experiencias, iluminar con asociaciones, semejanzas o diferencias los problemas y retos de la arquitectura.

4 En *Tránsitos y demoras* hay lecciones memorables. La diferencia entre “escribir sobre” y “expresarse con” arquitectura. La explicación de Xochimilco, o la opción que representa en cierto momento elegir no intervenir los espacios, preferir no hablar con la arquitectura y optar por construir con la naturaleza y enriquecerla.

He viajado en diversas ocasiones a Michoacán para visitar la parte de su obra que se encuentra por allá. Recuerdo una en especial con Dino del Cueto y los alumnos del Taller Max Cetto. Su interés por decir lo justo y su modo discreto de hablar mediante la arquitectura los reconozco en la barda del atrio de la iglesia de Jungapeo, a la vez que la capilla del panteón del mismo poblado es una obra estrictamente moderna que, sin embargo, pareciera que siempre ha estado ahí.

Tuve la fortuna de encontrarme con Carlos Mijares y hacernos maestro y alumno, luego colaboradores, cómplices y amigos. Es indispensable que los jóvenes que estudian arquitectura hallen a sus maestros. Quien no haya encontrado a un maestro como don Carlos es imperioso que lo busque. Ojalá haya más de uno esperando a sus alumnos, ojalá se dejen ver y escuchar, para que quienes los andan buscando los sepan reconocer, como tuve la suerte de hacerlo yo. ~

